

XI

En la huerta de Regina

El jueves, Beatriz caminó hasta la puerta de la ciudad acompañada por Agoi. Don Ysaac la seguía montado a caballo junto con Saltiel y Jacobo. Cuando llegaron a la que abría hacia el camino del mar, Beatriz y Agoi subieron en una litera llevada por dos mulas. Cuatro escuderos se ubicaron a ambos lados.

Agoi miraba con gusto a Beatriz. Notó que había recuperado la sonrisa en el rostro. Era la primera vez que Beatriz dejaba el palacio sin Dulcia.

"Arnau estará aquí."

"Cuánto me alegro señorita Beatriz."

"¡Qué alegría volver a verlo! Lo extrañé tanto estos días pasados. A veces pensaba si se habría olvidado de mí."

"Eso no le creo. El día de su fiesta la miraba con admiración."

"¿Te pareció?" dijo Beatriz con un cierto orgullo.

"Usted estaba tan linda señorita que atrajo a más de un galán."

Beatriz recordó a don Aymel. "Don Aymel..."

Agoi se dio cuenta de que no debería de haber mencionado la fiesta.

"Se quería casar conmigo."

"No piense más en eso. El señor Arnau la espera aquí. Es su novio ¿verdad?"

"Arnau no es mi novio, Agoi. Pero entre nosotros estamos prometidos," expresó Beatriz con gran satisfacción. Recogió la cortina que rodeaba la litera "Ya estamos aquí."

El viejo caserón en donde vivía Regina era tan grande como el hogar de la familia Altbruc Bidaura Ramaya. Había sido construido sobriamente. Las blancas paredes de afuera carecían de adornos. Estaba ubicado en un acantilado. El mar se abría azul e imponente frente a la casa, que era de una sola planta. La mayoría de las habitaciones daban al Mediterráneo. Una galería de piedra la rodeaba por los cuatro costados.

El caserón estaba dividido en dos mitades por un amplio corredor interior. Unas habitaciones daban al mar y por los ventanales de las de la parte de atrás se podía contemplar las montañas. En las que daban a las montañas, se encontraban los baños, el escritorio de Regina, la lavandería y la cocina. Tres sirvientas de confianza vivían en dos de estas habitaciones.

El salón principal había sido construido en el centro del caserón. Sus muros habían sido decorados con alfombras orientales y murales con imágenes clásicas griegas. Una puerta de madera labrada con flores y pájaros daba a la galería.

Por tres escaleras, dos a ambos lados de la casa, y una frente al salón principal se bajaba al jardín, que tenía cuatro pérgolas con fuentes de agua. La pérgola principal, en donde Regina comía las meriendas, estaba decorada con un arco al estilo morisco. El piso tenía azulejos con figuras que formaban rombos rojos y azules. Trepadoras de diferentes flores cubrían los muros durante el verano.

Regina había plantado naranjos y árboles frutales alrededor del jardín. Un hombre de confianza cuidaba solamente unos cien metro alrededor de la casa. El resto del terreno era silvestre, las flores y los árboles crecían libre y primitivamente. Unas empinadas sendas conducían a la costa. Regina no sabía bien hasta donde llegaba su propiedad, pero pensaba que no era importante.

En una sala íntima, al lado del salón principal, Regina recibía a los amigos de confianza. Era su sitio preferido. Esta sala también estaba adornada con alfombras orientales y con almohadones que tenían los mismos diseños que las alfombras.

Las sillas bordadas reflejaban un gusto oriental. Los sirvientes mantenían encendidos dos braceros de plata con errax.

La casona carecía de una entrada principal. Diversas puertas que daban a la galería conducían al interior. Estaba tan distante de todo poblado que Regina no se preocupó de protegerla. Una acequia, que corría al lado derecho, mantenía agua fresca y cristalina. El baño para las abluciones rituales estaba ubicado al lado de la acequia. La casa acomodaba fácilmente diez invitados.

Fuera de las tres mujeres de confianza que vivían con Regina, los sirvientes eran contratados semanalmente: tres escuderos, dos mozos de cuadra, dos portadores de silla y un pinche que compraba las proveedurías. Una lavandera y dos cocineras completaban la población movable. La holgura, la comodidad, el refinamiento eran admirables para la época.

La semana que había invitado a Beatriz, Regina había invitado también a cinco poetas y a tres señoras literatas amigas suyas. Arnau participaría de la fiesta, pues sabía que éste la pretendía. Beatriz era su sobrina predilecta.

Un grupo de pajes a caballo con tocados a la morisca salió al encuentro de la litera de Beatriz. Uno de los hombres recorrió el cortinado y la ayudó a descender por unas escaleritas de madera. Cuando Regina vio a Beatriz, se acercó a la litera. Abrazó a Beatriz, "Cuánto me alegro que vinieras. Aquí te sentirás mejor. Ya le dije a Astruga que tendrías que vivir conmigo."

Beatriz se sonrió. Respiró profundamente. Miró hacia la distancia. Vio el mar y señaló con el brazo el horizonte. "¡Qué feliz me hace ver este paisaje! Hace tanto tiempo que no dejamos el palacio. Qué hermoso que es respirar el aire del mar."

Beatriz miró con admiración la estrella colgada del cuello de Regina. La estrella de David, con incrustaciones de zafiros y una diadema azul, brillaba en su cuello.

Recordó el distintivo que ellas tenían que usar si salían del palacio. Se dio cuenta de que se había olvidado el suyo. "Regina

es libre," se dijo, y volvió a mirarla. Con admiración señaló el color rosado del velo de tul que cubría su cabellera.

"Invité a tu joven amigo," dijo Regina y señaló al grupo en donde estaba Arnau.

Cuando Regina vio los ojos de Beatriz relucir, exclamó:

"El resto de los que estamos aquí, somos unos viejos literatos."

Arnau saludó a Beatriz con un leve movimiento de la cabeza. A Beatriz le invadió un cierto temor. ¿Por qué no le habría escrito?

Arnau se acercó y le besó la mano. En voz baja Beatriz le dijo "Arnau tengo tanto que contarte todos los problemas. Pasan tantas cosas. He sufrido."

"Ya lo sé," dijo suavemente Arnau. "Todos hemos sufrido."

Subieron las escalinatas hasta la galería. Víctor Carandell y Salomón Berzelaer, dos de los invitados que venían a caballo, se apearon y se acercaron al grupo.

Regina explicó que los sirvientes les mostrarían las habitaciones y que recién se reunirían a las siete de la tarde para leer las primeras composiciones y luego entretenerse con música y bocadillos.

Arnau le preguntó a Beatriz si podían caminar por los jardines. Beatriz explicó que iría a su habitación por un momento. Que la esperara.

Agoi, que se había mantenido a la distancia, se acercó. Ella dormiría en una de las habitaciones de la parte de atrás.

Agoi ayudó a Beatriz a ponerse una saya más liviana. "Esta noche al vez necesite el manto si va a comer al jardín."

"Me gustan los mantos."

Agoi se sonrió y se dio cuenta de que Beatriz estaba feliz. Le alisó el cabello, "Qué linda se la ve. Está para enamorar a los que la miren."

"Rápido Agoi que Arnau me espera."

"Ya, ya señorita. Deje que la termine de peinar."

"¡Qué guapo es Arnau! ¿No es verdad? Hacía tiempo que quería conversar con él a solas."

"Ahora podrá hacerlo. ¿Se casará usted?"

"¿Por qué me preguntas eso?"

"El señor Arnau la ama y no veo por qué no."

"No sé, veremos. Cuando me pida a mis padres."

Agoi la acompañó hasta la galería.

Arnau la vio, caminó hacia ella y le besó la mejilla.

"¡Qué linda que estás!"

Beatriz se ruborizó.

Arnau la tomó de la cintura y bajaron al jardín. Recorrieron los canteros en silencio. Beatriz cortó una rosa y explicó "solo en Barcelona florecen así."

Algunos de los poetas habían reconocido a Beatriz. Se acercaron y le preguntaron por Don Ysaac.

Después de conversar un rato con ellos, Arnau quiso bajar hasta la costa.

Mientras caminaban por la estrecha senda que conducía a la playa, Arnau cortaba matas y se las entregaba a Beatriz, que las ponía en un delantal que había hecho con los pliegues de su amplia saya.

Cada vez que Arnau le entregaba una, le besaba la mejilla. "Tú eres más linda que esa flor."

Los problemas de Beatriz habían desaparecido. Miró el cielo azul y señaló una estrella. "También más linda que esa estrella."

Beatriz sintió que una cálida emoción le recorría el cuerpo.

Cuando llegaron a la playa, Arnau se detuvo y le preguntó, "¿Pensaste lo que te dije la noche de la fiesta?"

"¿Que nos casemos?" Dijo Beatriz titubeando.

"Quisiera que te vengas conmigo a Francia. Tengo planes para que dejes tu casa."

"¿No crees que debo hablar con mis padres?"

"Ya sabes que mi madre piensa en convertirse y tus padres no querrán saber nada de eso."

"Nos tendríamos que casar."

Arnau no contestó.

"¿No es así?" insistió Beatriz.

"No sé. Tengo amigos que me prestarán un palacio a las afuera de Ruán y me proveerán suficiente dinero."

"Es tan apurado todo."

"No. No me parece, Beatriz. Se acercan tiempos difíciles. Muchos ya han dejado España. La misma Regina planea irse de aquí. Me lo dijo ayer. Si te vienes a vivir con ella, me prometió que nos ayudaría a salir. No se lo cuentes a tus padres."

Beatriz agachó la cabeza. "Arnau muchas cosas horribles nos han pasado. Mataron a Yuçef..." y titubeando, sin animarse a pronunciar el nombre, dijo "y también a ese señor." No pudo continuar. Beatriz se prendió del brazo de Arnau como si estuviera por caerse. Sintió que sus piernas no la sostenían.

Arnau la abrazó.

Beatriz sintió el cálido cuerpo de Arnau y esto la ayudó a continuar "Ese señor que me propuso matrimonio."

"Ya lo sé Beatriz. Todos lo supimos."

"No era que lo quisiera. Fue algo horrible. Era un buen hombre. Nadie sabe por qué lo prendieron."

Una honda pena la invadió y suspiró profundamente, "No me siento bien."

"Lo siento." dijo Arnau y sacando un pañuelo de su chaqueta, le secó las lágrimas que se deslizaban por las mejillas de Beatriz.

"¿Quién te contó lo de Don Aymel?"

Arnau no contestó. Acercó la cabeza de Beatriz a su pecho.

"Es todo tan horrible. Siento dentro de mí una congoja. Me siento maareada cuando recuerdo el cuerpo de Yuçef tirado en la calle al lado del portón. Mamá no quería que bajáramos, pero pude distinguir la figura de un hombre. Luego supimos que era Yuçef. Mis padres querían ocultarme lo que pasaba."

Arnau le besó el pecho.

"No, no," dijo Beatriz riéndose.

"Beatriz, nos olvidemos de todo lo que pasa."

"No puedo. Esa mujer tan jovencita que mataron en el Auto. ¿Vieron algo en tu casa?"

"Hablemos de nosotros."

Continuaron caminando tomados de la mano. Beatriz se sentía protegida. Después de un rato, Arnau se detuvo y la volvió a abrazar. "Vámonos de Barcelona."

"¿Mis padres..."

"El sufrimiento será momentáneo. Cuando nazcan nuestros niños, tus padres nos perdonarán."

"Me da miedo."

"No tienes por qué tener miedo. Estaremos juntos."

Beatriz, en vez de continuar las conversaciones, comenzó a hablar de Yuçef nuevamente y explicar detalladamente lo que había pasado ese día.

Arnau la escuchaba en silencio. Se daba cuenta de que el sufrimiento debió de ser intenso y de que Beatriz necesitaba desahogarse. La detuvo y le pidió que se sentaran en la hierba. Beatriz se apoyó en un arbusto. Arnau se acercó y le besó la mejilla.

Beatriz comenzó a sollozar.

Arnau le acarició el rostro. Esperó un momento y dijo "Te vienes conmigo."

"No puedo hablar de eso ahora." Era como si no pudiera librarse de los pensamientos que la acosaban.

Arnau la abrazó y la recostó en la hierba. Beatriz se secó los ojos con la palma de las manos y miró los ojos grises de Arnau que le sonreían.

"¿Te da miedo que nos amemos?"

Beatriz se sonrió y desprendiéndose de los brazos de Arnau, se sentó.

Arnau volvió a repetir, "¿Te vienes conmigo?"

"Le tendré que avisar a Dulcia."

"No sé si podremos anunciarlo abiertamente. Sabes que no se pueden dejar notas escritas. Las notas siempre caen en manos de alguien que las usa mal. Mi familia... Lo mejor sería que se lo digamos a Regina o a Sarah para que le avisen a tus padres dónde estamos."

Beatriz quiso hablar pero Arnau le besó los labios pasionalmente.

Arnau trató de besarla nuevamente, pero Beatriz se paró y prendiendo en contra el pecho el delantal que le cubría la saya, corrió por la senda hacia la estancia.

Arnau la alcanzó.

"Tenemos que volver" dijo Beatriz con una risa nerviosa. "Regina dijo que nos reuniéramos a las siete y me quiero poner lo que me tiene preparado Agoi." La emoción del momento y el ardor de Arnau la pusieron nerviosa. Había sentido una intensa pasión. Arnau caminó en silencio a su lado.

Cuando llegaron a la galería, Agoi los esperaba.

Agoi sacó del baúl una saya "de primavera," que así se le llamaba por ser de una tela gruesa bordada con flores de varios colores. "Esta le gustará al señor Arnau."

Beatriz sintió nuevamente el ardor que cubría sus mejillas.

"No se ponga nada en la cabeza señorita. ¡Su pelo es tan lindo! Déjeme que le aliñe la trenza y que se la ubique en la nuca."

Agoi desató la trenza y la peinó nuevamente.

"Póngase estos zarcillos de oro. Son mejores que los que tiene. Son más alargados y le darán brillo a su rostro." Agoi le prendió una cadenita con una figura de una paloma labrada en oro, y le dijo, "Este manto azul de humo le viene muy bien con la saya. Parece una nube."

"La noche está fría," dijo Beatriz. "Si Arnau quiere que caminemos por el jardín será mejor que me ponga el de terciopelo."

"Entonces, dejemos este para mañana," sugirió Agoi.

Cuando el arreglo terminó, Beatriz abrió la puerta de su habitación y escuchó el agradable tañer de una guitarra. Salió a la galería y vio que las amistades de Regina se habían reunido en el salón principal. Caminó hacia el grupo.

El jardín estaba engalanado con pequeños faroles de luces de diferentes colores. Unas guirnaldas con flores iluminadas por teas encendidas habían sido ubicadas en diferentes sitios de la galería. Los sirvientes habían ubicados alfombras orientales en la hierba, almohadones y sillas bordadas. Una de las fuentes tenía una ninfa de alabastro que echaba agua por la boca. La

gallería y el salón se convirtieron en un espacioso lugar de recepción.

Los invitados charlaban despreocupadamente.

Cuando Regina entró al salón, todos aplaudieron.

Regina besó a los invitados, a la francesa, y les pidió que se acomodaran en los almohadones. Explicó que primero escucharían una bella música y que luego, leerían los poemas. Dos poetas por noche solamente, dijo. Algunos se sonrieron de ver la organización tan estricta de la dueña de casa.

Los sirvientes trajeron valones encendidos y los pusieron sobre los escaparates del salón principal, en dos mesas mármol, y en pequeñas mesas ubicadas en el jardín.

Dos músicos que habían sido contratados, y dos mujeres subieron a la galería. Uno de los hombres tañía una dulzaina. El otro tocaba un tamboril y un joven de unos quince años, que acababa de entrar al salón, hizo resonar las chirimías. Unas muchachas campesinas aparecieron por unas de las puertas. Comenzaron a bailar la zarabanda. Movían los cuerpos voluptuosamente al compás de la música. El del tamboril cantaba, **"Aunque morenita y prieta/ de amores me doy..."**

Rubén Bellito, uno de los poetas, se acercó a Beatriz y señalando a las jóvenes que bailaban, le dijo "Esto no se usa en ningún salón, pero mire usted, que arte tienen estas muchachas. Es una maravilla la agilidad de los cuerpos."

Regina sabía que no se usaban en los salones, pero pensaba que solamente los artistas, como sus amigos, podrían apreciar este arte.

Dulcia le había explicado a Beatriz que solamente las mujeres de vida turbia bailaban la zarabanda y, con desdén había añadido, "Vienen de Sevilla."

Beatriz miraba los libres movimientos de los cuerpos.

Los invitados aplaudieron por un largo rato y preguntaron si volverían la noche siguiente. Uno de los hombres se sacó el sombrero y dijo, "Si el señor desea más música, será esta noche y todas las otras."

Esto hizo sonreír a Beatriz.

Luego comenzaron a tocar la españoleta y el paso medio, dos danzas que, si bien cortesanías, eran sensuales y se bailaban con cierto fervor.

Thomás de Piñedo subió a un pequeño tablado en medio del salón y pidió silencio. Recitaría un poema en honor a Perséfone, la diosa griega, y añadió "En honor a Barcelona: **Per la ciutat més bonica del món.**"

Regina se paró a su lado y dijo: "**Que sigui pòspera durant molts anys.** Lo dejo recitar si es un poema de amor. Esto es lo único que se recita en mi casa. No quiero escuchar ni ironías, ni guerras. A mí solamente me gustan las de galanteo." Se escuchó un leve murmullo de aprobación.

"No se preocupe usted Regina," dijo de Piñedo y comenzó la recitación.

Cuando terminó, Ana Peryra explicó que el poema que ella recitaría era realmente de amor. Lo había compuesto en honor a Venus. Pidió a Artal de Luna, un renombrado arpista, que la acompañara. La suave voz de la poetisa y los acordes del harpa creaban una atmósfera de íntima elegancia sensual. El lenguaje del poema era elaborado.

Beatriz miraba a su alrededor admirada de los amigos de Regina. Se ruborizó cuando Arnau la tomó del talle. Sintió un cierto desasosiego.

Arnau le apretó la cintura con ambos brazos.

Los sirvientes trajeron jofainas de plata con agua perfumada para que los invitados se enjuagaran las manos.

Les entregaron unas toallas también perfumadas.

Beatriz gozaba del momento y le dio pena no haber traídos sus poemas.

Los músicos volvieron, y cuando dejaron de tocar, los invitados pasaron a un salón más pequeño en donde los sirvientes habían ubicado un escaparate con deliciosos comestibles.

Las señoras se sentaron en almohadones. Los hombres prefirieron caminar por el jardín.

Regina levantó la voz como para que la escucharan, "Me retiro, y que la fiesta siga."

Beatriz y Arnau caminaron hasta el jardín y se sentaron en una alfombra oriental.

Agoi se acercó a Beatriz y le preguntó "¿Ha comido algo? Los bocadillos parecían deliciosos. Pruebe uno."

"Me quedaré a conversar con Arnau, Agoi. Puedes retirarte."

"Mañana la despertaré temprano para que vea salir al sol."

El ambiente era propicio para el amor.

"Estoy tan contenta con esta fiesta."

"Beatriz ¿te vendrás conmigo?"

"Sí me iré contigo, pero ¿podríamos esperar unos meses más?"

"No sé si habrá tiempo de esperar. Mi madre quiere mudarse a los barrios cristianos."

Beatriz asintió con la cabeza. Se lo habían dicho.

"No sé si me será posible continuar viviendo con mis padres."

"Arnau ¿cómo haríamos para dejar Barcelona?"

Sentimientos antagónicos cubrían el alma de Beatriz. Amaba a Arnau y quería unir su vida a la suya, pero recordaba a sus padres, a Dulcia, a su hogar... Arnau le apretó la mano, "Arreglaré la forma."

"Arnau, no hablemos más. Te prometo que me iré contigo. Esperemos unas semanas."

Arnau le susurró al oído, "Vamos a tu habitación."

Beatriz lo miró asustada "¿A mi habitación?"

"¿Por qué no?"

"No sé."

"Nos amamos, ¿no es así?"

Beatriz se cubrió el rostro con el manto. "Tengo miedo." "¿De mí?" Beatriz movió la cabeza, y miró a Arnau con una leve sonrisa.

"Subamos por la gallería."

Beatriz se paró. Caminaron tomados de la mano por una de las escaleras de las esquinas. Los sirvientes todavía servían a

los invitados. Beatriz se detuvo frente a su habitación y señaló luces que se veían a la distancia. "Deben ser pescadores."

Miró las estrellas. "Mira, Arnau, esa allí parece un brillante. Es como si quisiera hablarnos."

Arnau le besó la mejilla y Beatriz apoyó la cabeza en el pecho de Arnau. Estuvieron así por un largo rato.

"Entremos a tu habitación."

Con temor Beatriz dijo. "**¿I si em veuen?**" a lo que Arnau respondió "**No us veuran.** Nadie nos mira."

"No sé."

"Pasemos la noche juntos."

"Tengo miedo, repitió. ¿Qué dirán mis padres?"

"No tienen por qué saber."

El cuerpo de Beatriz temblaba de emoción.

Arnau le acarició el rostro. Beatriz abrió la puerta de la habitación.

Arnau la siguió. Se acercó a la candela y la apagó. "No la necesitamos. La luz de la luna nos ilumina." Abrazó a Beatriz.

Suavemente Arnau le desató la trenza y dejó que el pelo de Beatriz cayera sobre los hombros. Le desprendió la capa. La mantuvo abrazada acariciándole el cabello.

Beatriz dejó que Arnau le quitara el corpiño de encaje. Una nueva sensación la invadió.

Se estremeció de placer al encontrar su cuerpo desnudo al lado del de Arnau. Quiso cubrirse con una sábana de seda en el respaldo de la cama, pero Arnau la detuvo.

"No. Es mejor así." Le acarició los senos.

Beatriz se dio cuenta de que una pasión que nunca había experimentado la dominaba.

Arnau la tomó de la cintura, la levantó en sus brazos y la recostó a su lado. Beatriz sintió el cálido cuerpo de Arnau rozando el suyo...

A la mañana siguiente, escuchó un ruido. Alguien golpeaba la puerta. Beatriz miró a su alrededor. Arnau había dejado la habitación. Estaba desnuda sobre la cama. Rápidamente tomó la sábana de seda y se cubrió.

"¿Desea que la ayude a vestir?" Era Agoi.

Pensó que Agoi sospecharía. No sabía si debía contarle lo que había pasado. Buscó el manto y no lo encontró.

Agoi volvió a repetir si podía ayudarla.

"Deja Agoi, quiero dormir un rato más."

"La señora Regina la busca. La está esperando para la merienda."

"Dentro de un rato iré me gustaría quedarme recostada."

"Bueno señorita, un rato solamente, pues la señora Regina me envió a buscarla."

Beatriz se miró las piernas y notó que estaban enrojecidas.

Rápidamente se acercó a una tinaja de agua sobre uno de los escaparates. Se lavó. Inspeccionó los muros y la cama. Abrió uno de los baúles y escondió la sábana.

¿Qué era lo que había hecho? se preguntó. Se sentía arrepentida.

Caminó hacia la ventana. Le dolía el cuerpo. Se tocó las mejillas. Las sentía calientes. Se había dejado llevar por la emoción.

Se sentó en la cama y se cubrió el rostro con las manos. Se dio cuenta que deseaba volver a encontrarse con Arnau. Recordó sus caricias y el placer que había experimentado. Todo había sucedido tan rápidamente que sentimientos antagónicos la controlaban. Se levantó y se miró en el espejo al lado de la puerta. Notó que sus mejillas estaban hinchadas. La barba de Arnau, pensó y le hizo gracia.

Volvió a recostarse y a recordar lo que había pasado. Se sentía avergonzada, pero feliz.

Se puso la misma saya de la fiesta y abrió la puerta.

Agoi estaba sentada en uno de los almohadones esperándola.

Sin hacer ningún comentario, Agoi la ayudó a peinarse. Parecía no prestar atención y caminó hacia el baúl para buscar otra saya.

"No abras ese baúl." Beatriz dijo parándose y poniendo ambas manos en la cerradura.

Agoi se sorprendió por un momento, "Como usted desee."

"Traje dos grandes tinajas con agua perfumada y jabón. Las tengo en la galería."

Beatriz se sentía molesta pues pensaba que la sirvienta sospecharía algo cuando viera su cuerpo enrojecido. Arnau la había abrazado pasionalmente. "Me parece que me lavaré sin tu ayuda," explicó Beatriz.

"Déjeme por lo menos que..."

Beatriz la interrumpió. "No Agoi, hoy me quiero vestir sin tu ayuda." Beatriz se expresó tan firmemente, que Agoi no insistió.

Cuando Beatriz dejó la habitación vio a Regina al lado de Rubén Bellito.

Rubén Bellito le preguntó si había traído poemas para leer.

Beatriz le dijo que ella no escribía todos los días.

Arnau entró al salón y se acercó a Beatriz. La tomó del brazo y le dijo "La mañana está fresca. Si te pones un manto podemos pasar el día a la orilla del mar."

Bellito añadió "Una excelente idea y yo los acompañaría si no fuera por la gota que no me deja caminar."

"Le pedí a los sirvientes que nos prepararan un cesto con la merienda," explicó Arnau.

Beatriz notaba que su rostro enrojecía.

"Nos podríamos quedar cerca de la glorieta," dijo.

"Vamos. Busca tu manto."

Beatriz entró en la habitación y se sentó en uno de los cojines. Le tenía que explicar a Arnau que no fue su intención lo que había pasado y que no estaba segura si debían mantener una relación como la de la noche anterior. Pero, había sido tan intensamente feliz, que se dijo, "Ya veré qué le digo."

Se daba cuenta de que el viaje, el encuentro con Arnau, la música y la vista al mar, habían creado el estado de excitación en que se encontraba. Sintió un suave golpe en la puerta.

Era Agoi. "El señor Arnau la espera con las provisiones."

Beatriz se envolvió con el manto y salió de la habitación.

Arnau le tomó la mano. Beatriz volvió a insistir. "No sé si debíamos ir al lado del mar."

"La mañana está fresca y hermosa. Vamos al mar. Allí nos podremos besar libremente."

"No estoy segura."

Arnau se dio cuenta que algo había pasado.

"¿Pasa algo?"

Beatriz lo miró y dijo, "Me siento un poco arrepentida de lo de anoche."

"Estabas tan contenta ¿qué pasó?"

"No estamos casados."

"En algún momento nos teníamos que amar de otra forma. Siempre pensé en que llegaríamos a una mayor intimidad."

"Estoy asustada, Arnau."

"No te puedes asustar de mí."

"No sé... Nunca pensé. Todo es..." dijo y se sonrió.

"Caminemos hacia el mar."

Beatriz titubeó y explicó, "Me duele un poco el cuerpo."

Arnau la miró con ternura y la abrazó. "Nos quedemos aquí bajo estos árboles más cerca de la casa. Detrás de estos arbustos así no nos ven."

Arnau acomodó el cesto de frutas frescas y vegetales bajo un árbol. Beatriz se sentó y Arnau se recostó a su lado. Beatriz le acarició el rostro y lo besó.

Arnau le desabrochó el corpiño y le acarició los pechos.

"¡Me haces feliz, Beatriz,"

Beatriz miró hacia la casa, "Sospecharán."

"No creo. Todos están ocupados con sus poemas."

"¿Qué le diré a Dulcia si pregunta."

"Dulcia no tiene por qué preguntarte. No sé lo contarás ¿verdad?"

"Esta noche dormiremos juntos de nuevo." Arnau susurró.

Beatriz bajó la mirada.

Arnau le preguntó "¿Cuánto tiempo te quedarás aquí."

"Dos semanas."

"¿Saben tus padres que Regina me invitó?"

"No sé. Mis padres te quieren Arnau. Ellos serían felices si nos casáramos."

"Ya lo sé."

"¿No nos podríamos casar antes de irnos a Francia?"

"No creo. Mi madre no lo permitiría. Todos los que son judíos son mirados con ojos sospechosos. Ya lo sabes, ella quiere ser aceptada por la sociedad." Arnau se detuvo como buscando las palabras... "Los negocios de mi padre... Ya te dije, mi madre se convertirá..."

"Entonces ¿ellos no me quieren? ¿No querrán que nos casemos?"

"No es eso. Es que hay tanto temor por todas partes."

Beatriz recordó nuevamente los sucesos de las pasadas semanas.

"Arnau ¿qué será de los judíos?"

Arnau miró el triste rostro de Beatriz. "Por ahora nada. No te preocupes, queridita mía. Ya verás que seremos felices. Ya sabes que mis padres son un poco extraños. A veces ni yo mismo los entiendo."

"Ya..."

"Ahora nos amemos. Eso es lo más importante." Arnau tomó a Beatriz de los hombros la recostó a su lado y la besó.

Beatriz se sentía segura en los brazos de Arnau.

Pasaron la siesta recostados en la hierba. Conversaban sobre lo que harían en Francia. Beatriz le explicaba que a ella le gustaban los niños. Arnau decía que lo primero que le compraría sería una litera "a la francesa."

Esa noche la música y el aroma del incienso embriagaron a Beatriz.

Antes de que comenzaran la recitación, Arnau le tomó la mano, "Vamos a tu cuarto. Ya está de poetas."

Beatriz sin prestar resistencia se dejó conducir a la habitación. Dejó que Arnau la desvistiera.

Arnau la levantó en sus brazos y la recostó a su lado.

"¿Qué pasará cuando vuelva a casa? ¿Qué haremos?"

"Nos encontraremos en algún otro lado. No hablemos de eso ahora." Arnau apagó el candil que iluminaba la habitación.

A la mañana siguiente, los besos de Arnau la despertaron. Beatriz quiso levantarse, Arnau no la dejó.

Sintieron un leve ruido en la puerta. "Es Agoi," susurró Beatriz.

"Un momento," dijo Beatriz.

"¿Quiere que la ayude a vestirse?"

"No. No necesito ayuda, Agoi. Ya te expliqué."

Beatriz se sentó, pero Arnau le pidió que se recostara nuevamente.

"¿Qué le digo a Agoi? Volverá."

"Le decimos que no entre y eso es todo."

"Arnau..." dijo Beatriz. No deseaba que el momento terminara. Le gustaba sentir el tibio cuerpo de Arnau a su lado.

Durante toda la semana caminaron a la orilla del océano y Beatriz le confesaba sus temores. Sus padres la habían enviado para que se recuperara y no para entablar una relación amorosa. Si tan solo sospecharan que pasaban las noches juntos, se disgustarían. Arnau le disipaba los temores y le contaba recuerdos de su niñez. Esto alegraba a Beatriz, que le pedía repitiera varias veces el mismo cuento.

Arnau debía volver a Barcelona el domingo siguiente.

"¿Cuándo nos veremos nuevamente?" preguntó Beatriz.

"No lo sé. Veré si puedo arreglar algo con Regina. Sería mejor que dejaras el palacio."

Beatriz no contestó.

"Te escribiré y te explicaré cuáles son los planes." Beatriz le pidió que la volviera abrazar. Le dio pena pensar que tal vez pasarían varias semanas antes de encontrarse nuevamente.

"Me tienes que prometer que vendrás conmigo. Es apremiante."

Beatriz indicó con un movimiento de la cabeza que así lo haría.

La semana siguiente Beatriz caminó por el jardín escribiendo poesías. Cortaba flores y les daba nombre de niños, pensaba que serían los niños que tendría con Arnau. Luego las colocaba entre las páginas de un pequeño cofre,

que su padre le había regalado. Beatriz no participó de las reuniones de los poetas. Quería estar un poco alejada del grupo y recordar los momentos pasados con Arnau. Al atardecer caminaba hacia la playa. Respiraba profundamente el aire del mar. Las gaviotas la alegraban. Le parecía que los pájaros cantaban para ella y que realmente era la primera vez que los escuchaba cantar.

Nunca había experimentado tanta alegría. Era feliz, pero triste. Su vida estaba cambiando. Tendría que dejar a sus padres si se iba con Arnau. Todo era tan incierto.

Una mañana se destrenzó varias veces el pelo. Experimentaba una extraña sensación pensando que sus padres sospecharían que había tenido una relación amorosa con Arnau. Debía confiar en Regina. Se sintió avergonzada.

El domingo a la mañana, Regina encontró a Beatriz en la glorieta. Se le acercó y le preguntó si extrañaba a Arnau.

Beatriz se sonrió y le dijo que había sido su amigo desde niña.

"Lo sé."

Regina parecía no sospechar. "¿Qué problemas hay últimamente!"

Beatriz se animó a contarle que Arnau quería que se fuera con él a Francia.

"¿A Francia?" preguntó Regina.

Bernat Turell uno de los poetas se acercó y la conversación se interrumpió.

Cuando Beatriz dejó el hogar de Regina dos días después, ésta le dijo, "Tenemos que seguir conversando. Debes volver. Hablaré con Arnau."

Regina la abrazó y la besó.

Cuando llegó de vuelta al palacio, Beatriz corrió a encontrarse con Astruga que la esperaba en el jardín.

Le explicó que había pasado dos semanas maravillosas.

Astruga vio la sonrisa en el rostro de su hija y se alegró.

Dulcia estaba contenta de ver a su hermana feliz.

"Día a día la señorita iba mejorando," dijo Agoi.

Beatriz se retiró a su alcoba. Estaba cansada. Bajaría al cuarto de costura después que descansase un rato. En realidad quería estar sola consigo misma.

Cuando se recostó, se sintió asustada por haberse entregado a Arnau. Nunca nadie sabrá nada, pensó y, casi ocultando sus pensamientos, recordó el cuerpo de Arnau en contacto con el suyo y el embriagador placer que había sentido. Tal vez Arnau tenga razón. Debería irse con él a Francia. Miró a su alrededor. Hablaría con Regina y le preguntaría si podía ir a vivir con ella. Pero si se encontraba con Arnau nuevamente ¿podría quedar embarazada? No. Eso no podrá ser, se dijo y añadió, fue solamente una semana. Recordó que su madre le había explicado que a veces pasaban muchos años hasta que las jóvenes quedaban embarazadas, pero Jacinta, una sirvienta que habían tenido, según los rumores, un soldado en una sola noche la había dejado en estado. ¿Podría ser? Se sintió angustiada. Decidió calmarse. Tenía que esperar hasta que supiera cuáles serían los planes de Arnau para dejar Barcelona.